

I

EL PROCESO DE ESCRIBIR

Todos tenemos que escribir. Y no estamos hablando solamente de sesudos artículos especializados para revistas de prosapia, ni de complejos documentos oficiales. Pensemos tan sólo en lo más cotidiano: un recado, un comentario, una solicitud. Ya sea dominguera o del diario, mucha de la comunicación humana actual requiere poner por escrito las ideas.

La escritura varía según los objetivos que se persigan: estilo y objetivo van de la mano. El estilo es la forma personal de elegir estructuras, vocabulario o matices, y por eso decimos que el estilo es asunto de gusto e inclinación, aunque siempre apegado a la normativa. Obedece también al tipo de escrito, y el proceso de escribir debe tomar en cuenta asimismo al receptor. Pero su objetivo esencial es que comunique, que haga sentido, que cause un efecto.

Hablamos con mayor o menor soltura y corrección, al menos con eficiencia lingüística, pero no es lo mismo hablar que escribir. Escribir es una actividad muy personal, llena de dificultades, y que nos toma mucho tiempo aprender. Mejor dicho, el aprendizaje es interminable.

El origen de las dificultades se ubica en el pasado, si nuestra formación lingüística fue deficiente, ya sea en el hogar o en la escuela. El español es una lengua difícil, ricamente expresiva, repleta de variantes, a veces poco flexible; los eruditos se pronuncian sobre muchas cuestiones peliagudas, no siempre de manera unánime, y los hablantes disponen. Si además estamos rodeados de un ambiente donde el uso corriente del español es incorrecto (con ejemplos tan invasores como los de los medios de comunicación y tan inevitables como el procesador Word), no tendremos manera ya no se diga de mejorar sino de siquiera percatarnos de que estamos equivocados. Queremos conservar el español como herramienta de comunicación compartida, y eso implica que cambie, pero no que se haga irreconocible.

La obligación de escribir incluso nos paraliza, pues la constancia física de nuestra acción, el texto en papel, nos vuelve vulnerables ante nuestros lectores. (Es sintomático que a menudo los alumnos de redacción empiezan por hipercorregir, es decir, exageran corrigiendo lo que está escrito correctamente.) Lo que comunicamos tiene una lógica y una coherencia que transparentan, en cierto modo, nuestra estructura mental. Lo que se transmite mediante el idioma es un reflejo no sólo de aquello que pensamos, sino de *cómo* pensamos. Eso explica que nuestra reacción ante la crítica sea defensiva, cuando no hostil. Quien nos señala errores al escribir, nos señala fallas personales.

A veces preferimos ocultarnos: la muletilla, la oscuridad, el cantinflismo, la paja y la prosa pomposa son algunos de los disfraces, muy patentes cuando se redacta cierto tipo de discurso contaminado por modas, idiomas ajenos, necesidades políticas y jergas especializadas. En lo laboral, a menudo

no somos los únicos autores-responsables de un texto: hay un equipo, con percepciones y aptitudes disímiles, o un jefe que nos impone su estilo, o una tradición que nos obliga a redactar de cierta manera.

Los textos de temática ambiental (artículos, oficios, cartas, y sus variantes) son un perfecto ejemplo de la mezcla del discurso oficial y la ciencia-tecnología; por ello, requieren de especial cuidado: de dosis precisas de propiedad, prudencia y claridad. Por su interés actual en muchos ámbitos, suelen convertirse en la carta de presentación de académicos, funcionarios, instituciones públicas o privadas. ¿Y quién querría darse a conocer mediante una tarjeta de presentación con errores, manchas, equívocos, oscuridades, inflamientos y estructura fallida?

